

y según cálculos recientes exporta siete millones de arrobas de azúcar.

Los Españoles, en tantos viajes, habían hecho muchísimos descubrimientos; pero todos estaban tan mal indicados en las cartas como aprovechados. No quiero pasar por alto el descubrimiento hecho por Juan Fernández en el Grande Océano de una vía mejor. También encontró este viajero una isla á que dió su nombre.

1872. Siguiendo tan absurdo sistema, España arruinaba las colonias y á sí misma con la pretension de querer cerrar un país tan inmenso como era América. Al principio el ardor de los descubrimientos cubría á lo ménos con alguna apariencia de esplendor su brutal fiereza y mala administración; pero después que Felipe II vió que no se podían defender tan extensas posesiones, prohibió hacer nuevas investigaciones; no les quedó á los gobernadores más medio para desfogar su ambición, que el de enriquecerse y hacerse perdonar sus rapiñas repartiéndolas con los que gobernaban en España. Imposibilitados para hacer nuevas empresas, desaprobaban las de los particulares y dejaban apagarse el entusiasmo. Desde entonces los Españoles no figuraron ya en la carrera por ellos abierta, en la cual no dejaron más que un triste recuerdo y crueles ejemplos.

Habiendo pasado de la dinastía austríaca á la de los Franceses, España se rehizo algún tanto; pero Felipe de Borbon tuvo que conceder á Inglaterra el *asiento*, esto es, el privilegio de proveer de Negros á las colonias españolas y de mandar á la feria de Puertobello un bajel de quinientas toneladas cargado de mercancías europeas. El que sepa lo que son los Ingleses, conocerá cuánto alargaron esta concesión, aumentando no solo el porte de los buques, sino también el número de ellos, de modo que atrajeron para sí todo el comercio, y los galeones no sirvieron ya más que para conducir de América el quinto de los metales preciosos. El gobierno, para oponerse á esto, reprimió los abusos y el contrabando; permitió á los negociantes particulares (*naves de registro*) hacer el tráfico mediante un impuesto, y parecieron tales sus ventajas, que desde entonces no se expidieron más galeones, y el comercio se hizo por medio de naves que doblaban el Cabo de Hornos, llevando directamente las mercancías á los puertos que las necesitaban.

1748.

Entre sus errores económicos la España se veía arruinada por uno que también adoptaron las demás naciones traficantes, á saber: la institución de las compañías de comercio con monopolio. Este estaba reservado á la corte; pero entonces se privilegió á una compañía para el comercio de Carácas y Cumaná, á condición de que mantuviese las naves suficientes para rechazar á los contrabandistas holandeses, que habían atraído á sí todo el comercio del cacao (1). Otra compañía instituida para Cuba

(1) La provincia de Carácas se extiende más de 400 millas á lo largo de la costa, y es una de las más fértiles de América; sin

en 1735, y otra treinta años después para Santo Domingo y Puerto Rico, vieron bien pronto bajar sus acciones á la mitad de su precio.

Entonces se establecieron buques correos, pues hasta entonces los despachos y las cartas iban con las flotas, con retraso de las órdenes y operaciones, no permitiéndose á ningún buque tomar tan leve carga. Después se ensanchó algún tanto la libertad de comercio con las colonias, permitiendo salir buques de diversos puntos y aligerando los impuestos. Se fomentó el cultivo del azúcar, que España había tenido que comprar hasta entonces; se mejoró también el régimen interior; se estableció un nuevo virreinato para las provincias del Río de la Plata, Buenos Aires, Paraguay, Tucuman, Potosí y Santa María de la Sierra, facilitando con esto la administración é impidiendo el contrabando que hacían los Portugueses, tanto como era conciliable con las exorbitantes tasas que se quisieron conservar (1).

CAPÍTULO XI

Misiones en América. — El Paraguay.

Si la raza indígena no fué del todo exterminada, no se debió ni á la compasión ni al cansancio de los Españoles, sino al cuidado que tuvieron los sacerdotes, á cuyos obispos confiaron las leyes españolas la vigilancia sobre la vida y libertad de los naturales, haciéndoles así sus protectores legítimos. Tales lo fueron en efecto. Otros llegaron de Europa exprofeso para convertirlos, y el primero que pasó el Atlántico fué el Catalán Bueil, benedictino, con doce sacerdotes elegidos para esta misión por la bula pontificia de 24 de junio de 1493.

Siguiendo sus huellas se precipitaron una multitud. Los Dominicos, cuyo principal instituto era la predicación, corrieron á abrazar el apostolado del Nuevo Mundo, y lo mismo los Franciscanos, Agustinos, Capuchinos y Lazaristas; pero con más ardor todavía se consagraron á este objeto los Jesuitas, sociedad de vigorosa juventud, deseosa de superar á las demás en celo y padecimientos, y que iba á demostrar su genio tan obstinado como flexible. Otro tratará de disculpar á los Jesuitas cuando se infestaron con el aire de las cortes; á nos-

embargo, en los veinte años que precedieron á la formación de esta compañía (1728) llamada de Guipúzcoa, España no mandó á estas islas más que cinco bajeles, y desde 1706 al 22 no fué ninguno. Esta entretanto tuvo que comprar todo el cacao que la hacía falta y ni aun extraña el tabaco y pieles. En los 30 años posteriores á 1731 salieron de Carácas 643,213 fanegas de cacao de 110 libras cada una, y en los diez y ocho siguientes importe de 869,247 fr. De este modo aumentaron grandemente el tabaco y las pieles. Véase Robertson, lib. VIII.

(1) Publicáronse entonces los notables escritos de que nos hemos servido muchas veces de Don Pedro Rodríguez Campománes, fiscal del real consejo, titulados: *Discursos sobre el fomento de la industria popular, 1774; y discursos sobre la educación popular de los artesanos y su fomento, 1775, en que combate francamente las preocupaciones acerca del comercio y las manufacturas.*

otros nos toca admirarlos cuando se sublimaron acercándose á los que padecían.

Después de las perfidias y atrocidades que acompañaron al descubrimiento, el ánimo se solaza al fijarse en estos héroes, los cuales llenos de viva compasión por la degradación del hombre, y por las miserias á que lo reducía la ignorancia propia ó la avidez de otros, hicieron holocausto de sus vidas y placeres para llevarles la verdad, arrojando ya las crueldades de la barbarie, ya la obstinación de las preocupaciones, y siempre la repugnancia de la naturaleza humana, no sostenida por esperanzas de gloria ni por la vanidad de padecer intrépidamente ante una admiradora multitud. Hoy se hacen las expediciones científicas con grande aparato; pero entonces el misionero partía para conquistar un mundo sin más instrumentos que la cruz y el breviario. Y no bastaba el valor en empresas en que no se trataba solo de matar y dominar á los pueblos, sino que se requería también ciencia para convertirlos, hablar en su lengua, secundar sus costumbres y el giro de sus ideas, refutar sus antiguas creencias, y saber exactamente hasta qué punto la moral y la religión pueden condescender con la costumbre y las preocupaciones.

Misioneros.

En medio de aquellos ríos en que desaguan otros inmensos; en medio de aquellos bosques ilimitados que desembocan en otros bosques vírgenes; en aquellos prados sin fin en que el hombre se pierde como en medio del Océano, el misionero á merced de los elementos, rodeado de fieras y reptiles venenosos, lo mismo que de hermosísimos pájaros, penetraba por sendas que ni la avaricia se había atrevido á pisar, dirigiéndose en busca de conversiones ó del martirio. Solo Dios veía al franciscano con su tosca túnica y los pies descalzos, ó al jesuita con su gran sombrero, sus negros hábitos, el crucifijo en la cintura y el breviario bajo el brazo recorrer aquellos bosques vírgenes, atreverse los pantanos con el agua hasta la cintura, encaramarse á las escarpadas rocas, penetrar en las sangrientas tinieblas de las cuevas y precipicios expuesto á ser presa de las garras del tigre, de las mordeduras de la serpiente ó de la glotonería del Indio que podría crearle una caza apetitosa. Si alguna de estas cosas sucedía, el misionero espiraba alabando al Señor, y otro compañero que seguía sus pasos, al encontrar los restos dejados por el canibal ó el ave de rapiña, los sepultaba, entonaba su oración al mártir, plantaba en aquel sitio una cruz y continuaba su camino dispuesto á sufrir igual suerte.

No acostumbrado el salvaje á ver en sus tierras al Europeo, sino para robar su oro, sus mujeres ó su libertad, admiraba á los misioneros que nada le pedían; admiraba la intrepidez con que estos hombres desarmados hacían frente á sus amenazas, la constancia con que sufrían los tormentos más exquisitos, y se agrupaban alrededor del sacerdote que apenas sabía una

palabra de su dialecto; pero que les enseñaba el cielo y una cruz. ¿Era un mago? ¿Venía del cielo? Un nuevo encanto percibían en sus palabras y le escuchaban atónitos cuando les invitaba á dejar la vida errante, los matrimonios múltiples, los banquetes humanos y á unirse en la santidad de la familia y de la sociedad. ¿Quién no recuerda la fábula griega de Orfeo y Anfión? Los misioneros proveíanse muchas veces de instrumentos armoniosos y surcaban los ríos llenando el ambiente de sencillas melodías. Con este nuevo prodigio los salvajes acudían de las llanuras y los montes, y se arrojaban al río para seguir á nado la navicilla que le atravesaba, entonando los himnos de la Iglesia, con lo cual empezaban á gustar los placeres que proporciona el vivir en sociedad, y procuraban desde luego imitar estos cánticos alrededor de la cruz ó de la efigie de María.

Muchas tribus, ni aun tenían las palabras *Dios* y *alma* que había que darles á conocer por ideas materiales; otras, indiferentes á toda religión, no habían recapacitado jamás en los deberes de ninguna de ellas, y la mayor parte tenían costumbres opuestas á la predicación, como la ligereza infantil, la orgullosa gravedad, la brutal venganza y los continuos incestos, que eran los enemigos que bajo diferentes formas tenía que combatir el misionero. La dulce piedad, la moral pura y una fe incontrastable eran las armas de que podía disponer. Para buscar los salvajes, tenía que seguir sus huellas por cuevas profundas, aventurarse en medio de los ríos sobre algunos maderos, lo cual apenas se atrevían á hacer los salvajes mismos, aunque eran muy semejantes al anfibio, ó por bosques cuyos habitantes les prendían fuego algunas veces luego que los veían dentro, y atravesar muy á menudo doscientas ó trescientas leguas por senderos fangosos y prados innaccesibles para reunir el rebaño. Una vez que les encontraban, tenían que hacerse á sus repugnantes comidas, como ranas casi crudas, caza aun sangrienta, dormir en sus fétidas cabañas, labrar tierras vírgenes con instrumentos de madera, trabajar á destajo mientras les contemplaba el ocioso salvaje, enseñarles todo los oficios, destruir el origen de su glotonería y darles una idea de lo que ménos podían comprender, que era la Providencia.

Al alejarse de una tribu, siempre dejaban grabada en ella alguna máxima moral ó algún buen ejemplo que imitar. Un misionero que acompañó á unas familias indias fuera del país que habían devastado los Iroqueses, escribía: «Somos sesenta entre hombres, mujeres y niños, y todos muertos de hambre. Las pro- visiones se hallan en manos de Aquel que alimenta los pájaros del cielo. Parto cargado con mis pecados y mi miseria, y tengo necesidad de que se ruegue por mí.» Ninguna recompensa podían esperar en este mundo, y algunas veces ni aun la que proviene de saber agrandar, y después de una vida fatigosa partían

con la seguridad de no haber domado aquellos feroces instintos. El jesuita Vasconcellos, tratando de convertir á una vieja moribunda, le expone los artículos de la fe, las leyes de la caridad, y le pregunta si quiere tomar algun alimento; pero ni el azúcar ni ninguna otra cosa europea la agradaba, y solo deseaba, solo pedia con instancia la mano de un niño para roerla poco á poco. Tambien se le respondia con mucha frecuencia: « No queremos un paraíso en que están los Europeos. »

No hay que preguntar si estos países fueron regados con sangre. Los Jesuitas cuentan trescientos mártires entre sus compañeros en el siglo XVII, así es que el que visite sus colegios verá los largos claustros tapizados de bustos, no de aquellos que permanecieron aconsejando é intrigando alrededor de los tronos, sino de los que perecieron difundiendo con la cruz la civilización.

Los misioneros, en medio de estas santas fatigas, conservaban la mayor tranquilidad de alma; el que era capaz de ello dirigía á su jefe la relación de sus empresas, que despues fueron impresas bajo el título de *Cartas edificantes*, monumento insigne para todo hombre despreocupado, y donde hicieron un nuevo sacrificio renunciando á la gloria mundana del estilo, y contentándose con aquella sencilla exposicion de los hechos que da nuevo realce á su heroísmo. Á pesar de esto no olvidaron la ciencia profana, y algunos compusieron diccionarios, que fueron el fundamento de la lingüística; otros aprendieron á usar el chocolate y la quina, otros los mejores puntos para el comercio, y otros descubrian nuevas tierras. Un jesuita encontró en Tartaria una mujer hurona que habia conocido en el Canadá, deduciendo de aquí la proximidad de los dos continentes por el Noroeste, ántes que los confirmasen Behring y Cook.

Sentian, pues, aquel sencillo entusiasmo de que los corazones puros se llenan con el espectáculo de la naturaleza, y uno de ellos contemplando el Monte de las Amazonas, exclamaba: *¡Qué hermoso argumento son estos bosques!* « Yo seguía adelante (dice otro) sin saber adónde iria á parar, sin encontrar una persona que me guiase. Algunas veces, en medio de aquellas selvas encontraba sitios encantadores. Cuanto el estudio y la industria del hombre pueden imaginar para hacer agradable un sitio, no tiene comparación con la hermosura que la sencilla naturaleza acumula en estos parajes. Estos magníficos sitios me recuerdan la idea que despertó en mí hace tiempo la lectura de las vidas de los antiguos ermitaños de la Tebáida; me ocurrió la idea de pasar el resto de mis dias en aquellos bosques donde la Providencia me habia conducido, no atendiendo mas que á mi salud y separado de todo trato humano; pero yo no era dueño de mi suerte, y las órdenes del Señor que me habian indicado

» mis superiores me hicieron rechazar este pensamiento como una ilusion. »

En las Antillas, los misioneros se opusieron en cuanto estuvo de su parte al exterminio de los naturales, y despues trabajaron muchísimo para mitigar la suerte de los pobres Negros, sin disimular por esto sus defectos, y solamente entre sus hermanos se atrevian á quejarse de los malos ejemplos dados por los Católicos. En Méjico, el Estado ménos salvaje y algunas semejanzas entre las tradiciones mitológicas y el Cristianismo, facilitaron la obra de sustituir las deidades con el Dios de los vencedores. Ya la cruz, como objeto de culto, ocupaba algunos altares; el águila del imperio cedía su sitio á la paloma, y los monjes reemplazaban á las castas hijas del sol. Torquemada hace subir á seis millones el número de los bautizados desde 1524 á 1540, que no es muy excesivo, atendiendo á que el rey y los caciques dieron el ejemplo. Clemente VII envió á Martin de Valencia con doce frailes Menores, á cuyos sermones asistía Cortés para aumentar su crédito. Para arreglar las cosas en materia religiosa, se convocó en Méjico un concilio el año de 1524, presidido por Martin, en el que se abolió la poligamia, estableciendo que se presentase al bautismo cada uno con una sola mujer y que la conservase. En 1555 se reunió otro; pero el mas célebre fué el de 1585, que sirvió siempre de base á la disciplina en aquellos países. En un principio no se consintió á los naturales entrar en el sacerdocio por no envilecerle, pero á la sazón se permitió con ciertas restricciones (M).

Los Mejicanos conservaron y conservan aun un gran afecto y mucha gratitud á los misioneros y sacerdotes, y no han olvidado al obispo Las Casas, patron de los Indios, ni á Bernardino Rivera de Sahagun, que sugirió la idea de fundar un colegio, donde se reunieron mas de cien jóvenes indios, destinados á difundir la fe entre sus paisanos. El jesuita Gonzalo de Tapia desde Méjico se adelantó al Occidente y atravesó algunos cientos de millas, aprendiendo las lenguas y civilizando algo muchas tribus salvajes, hasta llegar al país de Sinaloa. Los Jesuitas, en el año de 1680, tenían setenta misiones en Méjico, que se veian obligadas á luchar incesantemente con la inestabilidad de los indígenas y la desconfianza de los Españoles, y que procuraron abolir la esclavitud, porque se oponia á sus progresos.

Los reyes de España, que tenían la jurisdiccion segun hemos dicho, proveían los beneficios y los empleos, comerciaban con las bulas y las indulgencias, lo que llegó á ser uno de los principales recursos para el tesoro, y no se daba el pase á ninguna bula sin la aprobacion del consejo de Indias. El clero no tuvo que luchar en las colonias como en Europa con la autoridad civil, sino que trató eficazmente de mejorar la estirpe indígena y mezclarla con la advenediza, como habia hecho en Europa con

los vencedores y vencidos. Estableció la igualdad en la Iglesia; empleó el Evangelio para extirpar la triple preocupacion de la naturaleza, de la supersticion y del tiempo, y se unió con el pueblo contra la oposicion del gobierno de la metrópoli. Hasta las leyendas se utilizaron para elevar la opinion que se tenia de los Indios: á uno de ellos se le apareció la Virgen en la montaña de Guadalupe en Méjico, que habia llegado á ser un santuario protector de los vencidos: el compasivo Palafox y Mendoza, al ver morir de sed á un Indio que le acompañaba, hace que se abra una fuente para que beba, y el padre Mendiola, que se niega á firmar como juez la condena de otro Indio, se halla con que en aquel mismo instante le elevan á la dignidad episcopal. Si los individuos del clero querian pasarse á la India, no se lo podian impedir los magistrados. Ellos no pudieron pedir privilegios á la absoluta España por la conquista América; pero dividiendo la poblacion en hermandades, hicieron inviolables las personas y las propiedades de los Indios, reuniéndolas en un cuerpo religioso, y declarando sacrilego al que atentase contra él. Al mismo tiempo los países confinantes establecian misiones que llegaron á ser centros de nuevos países conquistados.

En el Perú, el celo fanático de Valverde le contrarrestaron los buenos y apacibles sacerdotes, que hicieron mas fácil su apostolado desde que los Incas doblaron la cerviz ante el bautismo. Toribio, nombrado por Felipe II arzobispo de Lima (1580), tuvo que luchar con los frutos de la fiereza y de la avaricia de los conquistadores, con guerras civiles entre ellos, la opresion de los naturales y el desarreglo en todo. Recorrió la ciudad lo mismo que las cabañas y las montañas inaccesibles, con objeto de reprender y consolar á sus moradores; arregló la disciplina eclesiástica; sufrió intrépidamente las persecuciones de los gobernadores del Perú; por tres veces visitó con gran peligro su diócesis, no retrocediendo ante los trabajos y las privaciones, y mudó la faz de la Iglesia Peruana, que se distinguió muy en breve por los méritos de Rosa de Lima.

Pedro de Valdivia llevó los Padres de la Merced á Chile; despues en 1553 fueron allí los Dominicos y Franciscanos, y en 1593 le visitaron los Jesuitas bajo la direccion de Martin Loyola, sobrino del fundador de la compañía. Los misioneros que entraron en Bogotá en union con los feroces vencedores, trabajaron muchísimo, y habiendo convertido á Sagamoxi, supremo pontífice de aquel culto, se atrajeron una multitud de gente que se colocaba bajo la proteccion de España, y se libraban como podian de los asesinos conquistadores (1).

(1) En el Compendio de la Historia de América, continuación de la del Segur, edicion de Milan, da lástima el ver cómo el autor, decidido adversario de los misioneros, se irrita contra los hechos que no puede desmentir.

Los Capuchinos fundaron muchas ciudades en Venezuela y hasta las riberas del Orinoco no visitadas aun. En este punto dejaron de misioneros dos Jesuitas, Ignacio Llaure y Julian de Vergara, que permanecieron allí hasta 1576, en que los neófitos se dispersaron con motivo de una expedicion holandesa. De Cataluña fueron otros en 1687, y en el espacio de quince años establecieron tres pueblos en la provincia y dos en la isla de la Trinidad, cuyo ejemplo imitaron mas adelante otros varios.

Los Capuchinos aragoneses fundaron las misiones de Santa María de Cumaná hasta la extremidad de la costa de Paria; los padres Observantes desde aquella hasta Unare; y por todo lo que hoy se llama Colombia se hallaban extendidas. Los Jesuitas fundaron villas é iglesias hácia el rio de las Amazonas, convirtiendo á los Mosquitos y sus vecinas tribus, y el Padre Cipriano Baraza abrió á costa de muchos trabajos un camino que atravesaba las Cordilleras con el objeto de ir mas allá del Perú, y obtener coadjutores.

En la Florida las misiones dieron muy poco fruto y produjeron bastantes mártires. En 1549, fueron allá cinco Dominicos que recorrieron el país, siendo asesinados en 1565. Pedro Menéndez, que se dirigió para conquistarle, llevó consigo Jesuitas, que separados de sus compañeros, permanecieron en aquella inhospitalaria y desconocida region, donde tambien fueron asesinados. Otros que llegaron cuatro años despues sufrieron igual suerte, y todas las tentativas posteriores no obtuvieron ningun resultado satisfactorio.

Pero no tratemos de seguir paso á paso estas conquistas de la cruz, y contentémonos con decir que al principio del siglo XVII la América contaba ya cinco arzobispados, veintisiete obispados, cuatrocientos conventos (1) y magníficas catedrales, entre las que se cuenta la célebre de los Ángeles. Los Indios por su parte gustaban de la pompa de las ceremonias católicas; deseaban ayudar á misa, cantar en el coro y adornar las iglesias con los ramos y flores de sus selvas. Entretanto los Jesuitas enseñaban por todas partes la gramática y las artes liberales, y agregaron un seminario al colegio de San Ildefonso en Méjico, en cuya ciudad como en Lima se habia fundado ya una universidad. De este modo la conquista se convertia en mision, y la sed de sangre en civilización.

Ya hemos dicho á qué miserable condicion se hallaba reducido por el sistema de las encomiendas españolas el vasto país situado entre el Perú y el Brasil, y que á causa del rio que le atraviesa se llama el Paraguay. En estos hermosos lugares se encontraba el hombre en toda la rusticidad de su decadencia, no contrarrestada por la civilización; desnudo, feroz, antropófago y odiando todos aquellos trabajos

(1) HERRERA, Descripción de las Indias, pág. 89

que son el instrumento concedido por la Providencia para la reforma del hombre. Ya muchos misioneros, y principalmente los Mínimos Francisco Solano y Luis de Boláños, habían acudido á civilizarlos; pero su celo había sido coronado generalmente por el martirio y sus frutos eran muy escasos, cuando el franciscano Francisco Victoria, obispo de Tucumán, se dirigió á los Jesuitas que tanto habían trabajado en el Perú y el Brasil. Anchieta, provincial de los de este último país, mandó inmediatamente á Santiago los padres Francisco Angulo y Alfonso Bárcena, en unión del lego Juan Villégas (perdónennos los maestros si nos creemos obligados á consignar estos nombres después de haber dado cuenta de los primeros conquistadores), que ya muy prácticos en las misiones daban esperanzas de obtener abundantes frutos.

La página mas bella de la historia de los Jesuitas, y uno de los principales pretextos para su supresion, fueron las misiones del Paraguay. Recorrieron con prontitud todo el país educando, convirtiendo, oponiendo la mansedumbre á la ferocidad de los Españoles, y enseñando que no era una misma cosa cristiano y asesino, como los salvajes creían firmemente. Ante todo era necesario aprender la lengua, y teniendo cada tribu una particular, los Jesuitas escogieron los términos que les parecieron mas usuales entre toda clase de gentes, y formaron con ellos una lengua comun, inventando un alfabeto á propósito para escribirla.

Sin fanatismo y sin intolerancia, se introducian con dulzura corrigiendo los vicios, especialmente el de la embriaguez, que habían tomado de los Europeos. Siendo los naturales antropófagos, solian engrasar las víctimas ántes de comerlas; los Jesuitas se colocaban al lado de estas, como mas inclinadas á tener pensamientos acerca de la otra vida, cuando estaban próximas á abandonar la presente. Agradaba esto muy poco á los salvajes, diciendo que con bautizarlos perdian el sabor, por lo cual los Jesuitas tenían que hacerlo ocultamente, tocándoles alguna parte del cuerpo con un paño mojado.

Hacia tiempo que entre otras ambiciones habían concebido los Jesuitas la de experimentar, en un país entero del Nuevo Mundo, hasta qué punto era posible civilizarle con el Cristianismo, en vez de destruirle con la espada. Principiaron, pues, pidiendo que fuesen declarados libres los Indios que pudiesen reunir; pero aunque su influencia hizo que su proposicion fuese oída por los reyes, tuvieron necesidad de toda aquella destreza y constancia de que les acusa el mundo, para reprimir las quejas de los colonos, que querian conservar la esclavitud, y para conseguir hacerse en el desierto mártires de la libertad y de la civilizacion. Dedicaron especialmente sus cuidados á los Guaranos, habitantes de la provincia de Guahiro, pueblo estúpido y supers-

ticioso; pero que amante de la tierra por la agricultura, se oponia fuertemente á la usurpacion de los extranjeros, siendo por consiguiente objeto de las atrocidades de los Españoles y Portugueses. Á este pueblo fueron á ofrecer los Jesuitas proteccion contra los vedugos, un trabajo ménos penoso, echando los primeros cimientos de aquella memorable república. Ya el franciscano Boláños, discípulo de San Francisco de Solano, había fundado allí una pequeña comunidad; la fomentaron los Jesuitas, y tanto progresó, que pudieron anunciar á su superior que estaban prontos á recibir el bautismo doscientos mil Indios. Se admiró la España al ver como con una conducta tan diversa de la suya habían conseguido aquietar á aquellos, á quienes ella no había podido exterminar, y el rey decretó que aquellas poblaciones no fuesen conquistadas sino con la espada de la palabra, ni reducidas á la esclavitud.

El resultado animó á los Jesuitas á consolidar las primeras obras; pero conocieron que no podian conseguirlo sino reuniendo á los Indios y alejándolos de los Españoles; siendo ménos difícil amansar la barbarie que vencer la corrupcion de los Europeos, y librar á los convertidos de su avaricia. Solicitaron, pues, que el obispo y el gobernador les concediesen plena facultad para reunir á los Cristianos en lugares distintos, ordenarlos á su modo, sin que dependiesen en nada de las ciudades coloniales cercanas, edificar iglesias, y oponerse en nombre del rey á todo el que bajo cualquier pretexto quisiese llevarse á los neófitos para emplearlos en servicio personal de los Españoles. De este modo preparaban la civilizacion á los naturales; procurándose á sí mismos la irreconciliable enemistad de aquellos á cuya ambicion y avaricia se oponian, impidiéndoles dividirse los Indios en encomiendas; y los padres Cataldino y Maceta fundaron la primer parroquia, ó como la llamaron *reduccion* de doscientas familias, en Loreto entre los Guaranos, á orillas del Parapane, afluente del Paraná.

Aumentáronse muy pronto las reducciones, haciéndose expediciones de nuevo género para convertir á los Indios. Desde 1593 hasta 1746 se fundaron treinta y tres parroquias en el Paraguay, entre los Guaranos, los Chiquitos y los Moxas, desde el 12º de latitud meridional hasta el pié de los Andes del Perú, recibiendo una constitucion que no tenia ejemplo alguno en la historia. La iglesia era el núcleo de la colonia, y el que sepa el arte de los Jesuitas en escoger los puntos mas pintorescos en nuestros países para sus casas, conocerá cuánto mas fácil les sería hacerlo allí, donde nadie podia impedirlo.

Fundáronse, pues, las reducciones ó parroquias en los sitios mas deliciosos, y generalmente cerca del agua, con casas de piedra de un solo piso, colocadas en cuadro alrededor de la plaza pública, donde estaba la iglesia, la casa de los Jesuitas, el arsenal, el granero y el hos-

picio para los forasteros. Cada pueblo de estos era gobernado por un sacerdote, persona muy respetada en la compañía, que se ocupaba en la administracion, mientras un teniente ejercia las funciones espirituales. Y todos dependian de un superior á quien el papa daba amplias facultades, aun para confirmar.

Habian conseguido hacer desaparecer toda dependencia con el gobierno, con sacar de la colonia todos los gastos, y el mismo gobernador nombrado por el rey dependia del superior de la mision. Era ley la voluntad del sacerdote: los colonos dependian de él como los hijos del patriarca, y todas las mañanas escuchaba las quejas y hacia justicia.

Los niños eran educados en dos escuelas, una para las letras y otra para la música y el canto, en el que adelantaron tanto que llegaron á construir toda clase de instrumentos. Todos debian aprender á leer y escribir, pero estaba prohibido estudiar la lengua española, para que la comunicacion no corrompiese su sencillez; tampoco se permitió á ningun extranjero permanecer mas de tres dias en el territorio. Entretanto se examinaba la inclinacion de los niños, y se dedicaban unos á la agricultura, que daba estabilidad á las tribus errantes, y otros á las artes necesarias ó de adorno, en las cuales tenían por maestros á los mismos Jesuitas. Las mujeres trabajan en las casas, separadas de los hombres, y cada semana recibian la lana ó el algodón que entregaban hilado el sábado; algunas tambien se empleaban en los trabajos ménos duros de la agricultura. Si había alguno que mostraba talento, era iniciado en las ciencias y en las letras en una *congregacion*, en que eran instruidos en el retiro, en el silencio y en el estudio para formar sacerdotes y magistrados.

Al despuntar la aurora, anunciaba la campana la hora de levantarse, y todos corrian á la iglesia á dar gracias al Criador, y por la tarde la misma campana los reunia otra vez en la iglesia, principiando y concluyendo de este modo con cánticos devotos el dia que empleaban en el trabajo.

Á cada familia estaba asignada una porcion de tierra proporcionada á sus necesidades, además de la *posesion de Dios*, que cultivaban todos en provecho de todos, para remediar la escasez, ó las malas cosechas, ó los gastos de la guerra, ó para mantener á las viudas, huérfanos y enfermos, y el resto para el culto y para ayudar á pagar el escudo de oro que cada familia debía dar al rey de España. La cosecha se recogia en comun en los almacenes á disposicion del sacerdote, evitando así toda envidia, y la avaricia y demas pasiones que puede excitar aquella. Lo necesario para la vida no se compraba en el mercado, sino que se distribuía en dias determinados por los misioneros á los jefes de familia, segun el número de los individuos; todos los dias que no eran de ayuno se repartía la carne en la carnicería.

En aquella industria universal estaba prohibida la explotacion de las minas, como una protesta contra los males que causaron en otras partes. El trabajo era poco, y estaba mitigado con recreaciones; apenas duraba la mitad del dia, y tenia apariencias de fiesta, así como las que Fourier designa para sus futuras y simpáticas falanges: salian al campo á son de música, precedidos de la efigie del santo protector, que se colocaba en una cabaña de verdes ramas, como patrono del trabajo moderado.

De la venta de la yerba del Paraguay, especie de té muy usado en América, sacaban para adornar las iglesias, no solo de cuadros, sino de guirnaldas que se renovaban con frecuencia, y en las solemnidades se perfumaban con aguas olorosas y con flores deshojadas. Usaban vasos de oro y plata con piedras preciosas; las fiestas eran frecuentes y muy pomposas, habiendo en ellas fuegos artificiales, y arcos de flores, pájaros, leones y peces, como si debiesen unirse todas las criaturas para dar gracias al Señor. El cementerio era un campo adornado de cipreses y cedros. Se ponía tambien mucho cuidado en estimular la imaginacion con los magníficos distintivos de los magistrados, con torneos, representaciones y bailes. Se prevenia el libertinaje con casarse pronto: los dos sexos estaban separados en las iglesias, lo mismo que en casa para trabajar. Las mujeres usaban una camisola blanca, estrecha por la cintura; los brazos y las piernas desnudas, y suelto el cabello; los hombres vestian como en Castilla; pero para trabajar se ponian sobre todo una camisa blanca. Los valientes y virtuosos la usaban roja.

La asamblea general de los ciudadanos elegia (probablemente á propuesta de los misioneros y de seguro por su influencia) un cacique para la guerra, un corregidor para la justicia, y regidores y alcaldes para que cuidasen del buen gobierno y de las obras públicas: además los ancianos elegian un fiscal, que llevaba un registro de los hombres capaces de tomar las armas. Un *teniente* cuidaba de los niños, llevándolos á la iglesia y á la escuela, y examinando sus defectos y buenas cualidades; cada distrito estaba gobernado por un inspector; otro visitaba los útiles de agricultura, y obligaba á sembrar y á cuidar los campos para vencer la indolencia natural de los Indios.

Dirigidos los indígenas de este modo paternal, apenas eran posibles los delitos. Las transgresiones de la ley se castigaban por la primera vez con una reconvenccion secreta; la segunda con una penitencia pública á la puerta de la iglesia, y la tercera con azotes; pero no hubo ni uno que los mereciese. La pereza se castigaba con un recargo de trabajo en el campo comun, de modo que la pena resultaba en ventaja pública.

El misionero debía ser el brazo y la cabeza de estos Indios, que no sabian pensar ni ponerse de acuerdo, ni calcular, ni prever. En un país en que nada se sabía, debian hacerse arquitectos ó braceros, pintores y cocineros, médicos y